

Poblamiento e interacciones socioculturales en el Valle de Guadalupe, Baja California

Rogelio Everth Ruiz Ríos

Universidad Autónoma de Baja California, México

[aukaroger@hotmail.com](mailto:aucaroger@hotmail.com)

ORCID: 0000-0002-4714-0903

HOY DÍA SE RECONOCE AL VALLE DE GUADALUPE (en adelante VDG) como la principal zona de producción y comercialización vitivinícola del país. Desde fines del decenio de 1990, este enclave agrícola y turístico ubicado en las cercanías del puerto de Ensenada, Baja California, a poca distancia de la frontera con Estados Unidos de América (en lo sucesivo EUA), recibe masivas cantidades de visitantes en busca de las experiencias gastronómicas y enológicas que ahí se ofrecen. Al margen de las glamurosas actividades recreativas que en el imaginario social mexicano presupone ese rincón geográfico, la historia de su poblamiento y de las relaciones sociales entre las comunidades con presencia histórica en ese lugar, resulta compleja, diversa y conflictiva como caja de resonancia de los procesos y cambios acontecidos en México en los dos últimos siglos.

Las interacciones sociales, políticas, culturales, económicas y ambientales en el VDG atraviesan por la convivencia en distintos períodos, de cinco asentamientos humanos correspondientes a tres grupos étnicos: kumiay, ruso y “mestizo”, en los que se aprecian formas de organización comunitaria, a los que se han sumado nuevos(as) agentes a causa de las prácticas turísticas y comerciales implementadas en las dos décadas más recientes. Las dinámicas demográficas en el VDG continúan transformando el paisaje natural y cultural en medio de disputas y negociaciones por el manejo de los elementos naturales, los cambios en el



uso de suelo, las presiones agrarias, el flujo de capitales, los planes de desarrollo agroindustrial, las migraciones y tensiones identitarias.

La población kumiay

Corresponde a la gente kumiay el reconocimiento de pueblo originario de la región, quienes llamaban a este lugar *Oja Cuñur*,¹ y que a partir de mediados del siglo XX se congregan en dos comunidades: San José de la Zorra y San Antonio Necua. El primero de estos asentamientos se sitúa en las proximidades del valle, mientras que el segundo se ubica dentro de sus límites geográficos. Hasta los años de 1940 la gente kumiay todavía podía subsistir de la caza y recolección, aunque a partir de inicios del siglo XIX vieron restringida y amenazada esa forma de vida, primero, por la instalación en 1834 de una misión de la orden dominica nombrada Misión de Nuestra Señora de Guadalupe del Norte, que dio pie al nombre actual del lugar; y luego, por la privatización de la tierra y su deslinde en ranchos bajo el auspicio de las leyes de desamortización y de denuncia de terrenos baldíos decretadas por los gobiernos liberales.

Las interacciones entre la gente kumiay y los grupos colonizadores de origen europeo y mestizo se tornaron más regulares conforme avanzó la ocupación de sus territorios ancestrales. Los grupos colonizadores novohispanos y mexicanos caracterizaron a la gente kumiay de varias maneras según la tesitura de sus relaciones. De tal modo que se les identificó en un amplio espectro que iba desde considerarles “dóciles” o “flojos” hasta “altaneros, revoltosos, rebeldes” o “guerreros”.² Estas identidades heterorreferenciadas, es decir, endilgadas por agentes externos al propio grupo, eran inestables y circunstanciales, lo cual da cuenta de las tensas relaciones existentes entre colonizadores y pobladores originarios. Un hecho significativo fue la insurrección indígena ocurrida en febrero de 1840, que puso fin a la misión. Entrado el siglo XX, a raíz del contacto con personas del ejido, de la colonia rusa y de otras procedencias, la población kumiay continuó siendo estigmatizada por sus vecinos de manera peyorativa al señalársele de rijosa, pendenciera y “bárbara”. Las interacciones socioculturales, en especial en el campo laboral, fueron en aumento debido a que hombres y mujeres kumiay se contrataron en las comunidades vecinas para emplearse en actividades agropecuarias. Adicional a ello, convivieron en festividades, en las aulas y en cada espacio de negociación con el Estado y con otros agentes con poder económico y político como las instancias burocráticas, los sindicatos y el comercio. Un dato relevante es el hecho de que hubo personas de origen ruso que aprendieron la lengua kumiay y viceversa, en función del escaso

¹ Peveril Meigs, *The Dominican Mission Frontier of Lower Californian*. University of California Press, 1935.

² María Ruiz, “El valle de Guadalupe, siglo XIX”, *Calafia*, vol. 10, no. 4, 2000.



dominio que tenían del español ambas partes y de la interacción propiciada por el empleo de personal kumiay para trabajar en la colonia rusa.

La colonia rusa

Al iniciar el siglo XX, además de los kumiay, en el VDG un puñado de personas “mestizas” vivía en los ranchos creados al amparo de las leyes de desamortización, donde se dedicaban a la agricultura extensiva y la crianza de ganado mayor. En ese escenario, en el marco de las leyes de colonización y naturalización vigentes desde el decenio de 1880, un grupo de aproximadamente 40 familias rusas devotas de un culto religioso denominado molokano fundó, en 1905, una colonia agrícola en el predio que perteneció a la misión dominica. Hacia 1910, la colonia contaba con un número de alrededor de 280 habitantes, que decreció de manera notable en los años posteriores hasta verse reducida a unas pocas decenas de personas después de 1958 cuando grupos agraristas tomaron las tierras en el VDG. La colonia rusa era de tipo endogámica, por lo cual limitaban sus contactos con otros grupos humanos al ámbito laboral y comercial, si bien, las relaciones sociales propiciadas en los espacios jurídicos, educativos, económicos y culturales en los que se vieron conminados a participar, ya fuera por coerción del Estado mexicano o por sus compromisos económicos, afectaron su pretendido aislamiento.

El Estado mexicano les presionó desde un primer momento para establecer una escuela en el poblado y para que sus infantes recibieran instrucción dentro del sistema educativo oficial. En virtud de que en la colonia rusa se buscaba recrear su forma vida campesina, edificaron una aldea que reprodujo elementos arquitectónicos y urbanos comunes en su tierra de origen. Por tal razón, aún hoy es posible advertir en los restos de ese asentamiento, el trazo urbano del modelo *Strassendorf*, que significa “la aldea de una calle”, en torno a la cual se sitúan las casas habitación y los huertos. Además de la amplia y recta calle que atravesaba el poblado ruso, en el presente todavía se observan algunas viejas casas, varias de ellas en ruinas, alineadas en torno a esa vialidad. Junto a estos restos se conserva el recinto donde efectuaban sus ceremonias religiosas y el cementerio.³ En este último sitio continúan en pie varias lápidas con inscripciones en alfabeto cirílico, que cada vez están más circundadas por sepulcros con cruces y rótulos en español donde las familias del poblado Francisco Zarco han enterrado a sus seres queridos. La colonia rusa comenzó a diezmar en población a causa de la emigración de sus habitantes más jóvenes hacia los centros urbanos en ambos lados de la frontera. La toma de tierras de



³ Rogelio Ruiz Ríos, “La colonia rusa en el Valle de Guadalupe: una utopía alcanzada por el futuro”, en *Comunidades, utopías y futuros: debates para el siglo XXI* (coord. José Eduardo Zárate). El Colegio de Michoacán, 2022, pp. 23-50.

1950 aceleró este proceso, quedando tan solo personas descendientes de estas familias que emparentaron con gente “mexicana”.

El Porvenir

En 1938, un conjunto de familias procedentes de otros puntos de Baja California, de México y repatriadas de EUA, establecieron el ejido El Porvenir en las proximidades de la colonia rusa y de la comunidad kumiay de San José de la Zorra, por tal razón suscitó temores de afectación entre las y los habitantes de esos poblados. El fundo legal del ejido se situó sobre la superficie de algunos de los ranchos creados en el siglo XIX al cobijo de las leyes desamortizadoras. La comunidad de San José de la Zorra fue conminada por las autoridades agrarias para anexarse al ejido como una medida para preservar su territorio. Más tarde, en 1959, el gobierno permitió una ampliación de la zona ejidal. Una de las primeras acciones instrumentadas en el ejido fue la apertura de una escuela primaria donde, además de la niñez de ese asentamiento, se atendió a la infancia de la colonia rusa. Una de las tareas prioritarias encomendadas al docente que atendía la escuela consistió en organizar los desfiles y actos cívicos conmemorativos del Estado nación como son la independencia y la revolución. Según testimonios recabados entre personas que vivieron en el ejido desde sus años iniciales, el profesor promovió que en los desfiles se representara la “mexicanidad” de manera explícita a través de las prendas de vestir, los peinados y la música con la que se ambientaban los actos. Por otro lado, desde las instancias gubernamentales, se incentivó la organización de asociaciones femeniles, juveniles y de actividades deportivas. Tocante a las relaciones con las comunidades vecinas, la gente de mayor arraigo en el ejido señalaba que convivían en las festividades. Sin embargo, no dejaron de señalar ciertas actitudes discriminatorias asumidas por integrantes de la colonia rusa.

Francisco Zarco

El poblado Francisco Zarco nació de la toma de tierras ejecutada por grupos agraristas el 11 de julio de 1958. Ese día las y los solicitantes de tierras tomaron las parcelas de los remanentes de la colonia rusa y de otros pequeños propietarios de origen mexicano, colocando banderas mexicanas para reivindicar la “recuperación” de las tierras para beneficio de la gente “mexicana”. El objetivo era que se creara otro ejido, pero se encontraron con la oposición del gobierno y de organizaciones de la iniciativa privada. A los pocos días de posesionarse de los terrenos, el ejército mexicano desalojó a la mayor parte de solicitantes de tierras y los trasladaron lejos de la localidad. Sin embargo, en el VDG permanecieron algunos contingentes que en los meses siguientes gestiona-



ron con las autoridades la dotación de lotes que dieron forma al mencionado poblado Francisco Zarco, cuyo fundo legal se le reconoció en 1960.

De cualquier manera, en las inmediaciones del VDG, cerca del asentamiento kumiay de San Antonio Necua, se fundó poco después el ejido Ignacio Zaragoza. La toma de tierras fue un acontecimiento determinante para que emigrara la mayor parte de las familias rusas que aún permanecían en la colonia. La población del ejido El Porvenir y del Francisco Zarco cambió la composición demográfica del VDG al constituirse en mayoría la población “mestiza” o “mexicana”, a diferencia de los años precedentes al decenio de 1940 en que predominaban las personas de origen ruso y kumiay.

Relaciones intercomunitarias

Las y los habitantes del Francisco Zarco y del El Porvenir constituyeron la principal reserva de mano de obra para las empresas agroindustriales, dedicadas a la vitivinicultura y el olivo, y en menor grado a las hortalizas, que desde fines de los años de 1950 arribaron gradualmente al VDG. Otra opción para emplearse la encontraron en las fábricas de procesamiento de alimentos, conocidas en la región como “cane-rías”, situadas en el vecino puerto de El Sauzal. En distintos momentos la población kumiay también participó de esas dinámicas laborales.

Durante años persistieron los enconos en el VDG entre quienes reivindicaban derechos anteriores sobre esas tierras como fue el caso de las personas descendientes de la colonia rusa, de las familias propietarias de los ranchos, e incluso, del ejido El Porvenir, quienes designaban a la gente del Francisco Zarco como “invasores” o “paracaídas”. En la actualidad, dado el crecimiento poblacional, la diversificación de actividades económicas y el auge turístico y comercial experimentado en el VDG, estas rencillas de data histórica perdieron relevancia para dar paso a enconos sociales contemporáneos. Por un lado, hay sectores de la iniciativa privada y organizaciones ciudadanas que defienden una “vocación agrícola” del valle, donde exaltan una imagen idílica que perciben está en riesgo ante la voracidad de ciertos inversionistas coludidos con políticos que optan por realizar conciertos masivos, construir desarrollos inmobiliarios y operar giros comerciales destinados al ocio y el entretenimiento distantes a la imagen relajada, bucólica y sofisticada con la que se representan la vitivinicultura y la cocina gourmet.

